

Fascismo y antifascismo: categorías politológicas para la educación democrática en el siglo XXI

Reflexiones a partir del caso italiano



Juri Meda

(Università di Macerata)

Presentan

Nicolás Arata

Gabriela Lamelas

Coordina

Pablo Pineau

Comenta

Ana Diamant

🖥️ Modalidad virtual

📅 Sábado 22 de noviembre

🕒 11 hs. Argentina

Convocan



GRUPO DE TRABAJO PERMANENTE
AUTORITARISMO Y EDUCACIÓN



Juri Meda
(Universidad de Macerata – Italia)

FASCISMO Y ANTIFASCISMO

ACTUALIDAD DE DOS CATEGORÍAS POLITOLÓGICAS PARA LA EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA EN EL SIGLO XXI: REFLEXIONES A PARTIR DEL CASO ITALIANO

1. PREÁMBULO

El asesinato de Charlie Kirk —asesinado durante un encuentro público en la Utah Valley University el pasado 10 de septiembre— ha vuelto a poner de relieve en la escena política internacional la histórica oposición ideológica entre las dos categorías politológicas que dominaron la escena política mundial durante el siglo XX: el fascismo y el antifascismo.

Kirk era un influencer conservador y activista del movimiento MAGA en Estados Unidos. Fundó **Turning Point USA**, una organización que tiene como objetivo apoyar y difundir ideas conservadoras en las escuelas y universidades de Estados Unidos: individualismo en lugar de solidaridad interpersonal y asistencia pública, identidad nacional en lugar de multiculturalismo, fe en lugar de relativismo ético.

Varios casquillos recuperados de un rifle encontrado cerca de la escena del crimen tenían mensajes grabados; entre ellos, el más explícito, **la frase «Hey fascist! Catch!»** (¡Eh, fascista! ¡Toma!). Tras este episodio, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, declaró en *Truth* su intención de declarar al **movimiento Antifa** —del que se acusaba de formar parte al joven de 22 años Tyler Robinson, detenido por el asesinato— como **organización terrorista**. Algunos expertos plantearon inmediatamente dudas sobre la validez jurídica de dicha medida, subrayando que el movimiento Antifa no es una organización estructurada, sino un movimiento ideológico descentralizado sin algún liderazgo formal.

A pesar de ello, el 22 de septiembre de 2025, Trump promulgó la **orden ejecutiva titulada *Designating Antifa as a Domestic Terrorist Organization***, en la que acusaba al movimiento antifascista de describir los principios fundamentales estadounidenses como «fascistas» para justificar y alentar actos de revuelta violenta. El presidente estadounidense citaba entre los antedichos principios fundamentales el apoyo a las fuerzas del orden y el control de las fronteras, omitiendo increíblemente la separación de poderes, la soberanía popular, la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la protección de los derechos y libertades fundamentales.

En la orden ejecutiva se lee: «Esta mentira antifascista se ha convertido en el grito de guerra utilizado por los **terroristas internos para lanzar un ataque violento contra las instituciones democráticas**, los derechos constitucionales y las libertades fundamentales estadounidenses.

Los hilos conductores que animan este comportamiento violento incluyen el antiamericanismo, el anticapitalismo y el anticristianismo; el apoyo al derrocamiento del Gobierno de los Estados Unidos; **el extremismo en materia de migración, raza y género**; y la hostilidad hacia quienes tienen opiniones tradicionales sobre la familia, la religión y la moralidad».

Esta decisión deja sobre la mesa una cuestión fundamental: **¿las opiniones expresadas por Charlie Kirk eran realmente fascistas?** Y si realmente lo eran, ¿tenían derecho a ser manifestadas públicamente en una sociedad basada en principios democráticos? ¿Es ilimitada la libertad de expresión y de pensamiento en una sociedad democrática? Sabemos que no es así. Esa puede estar sujeta a restricciones para proteger otros derechos e intereses, como el honor, la reputación y las buenas costumbres. ¿Puede estarlo también para proteger la propia democracia? Si es así, ¿se puede acusar a un gobierno que no sanciona la manifestación pública de esas ideas? Y si es justo que Tyler Robinson —como es sacrosanctamente justo— sea juzgado por el asesinato político que cometió, **¿es justo que también se prohíban las ideas en nombre de las cuales cometió ese acto atroz, ya que están en consonancia con los principios mismos en los que se basa una democracia?** Son innumerables las preguntas que surgen de esta episodio.

La expresada en la orden ejecutiva promulgada el 22 de septiembre de 2025 es —por tanto— la definición que da del antifascismo el actual Gobierno de los Estados Unidos de América. Pero en ese país el antifascismo no siempre se ha considerado una organización terrorista.

El presidente **Franklin Delano Roosevelt** —coincidiendo con el auge de los totalitarismos de derecha en toda Europa a finales de los años treinta— decidió poner fin a la política aislacionista que había caracterizado durante mucho tiempo la política exterior de los Estados Unidos desde los años veinte. Roosevelt definió el antifascismo como una causa por la que luchar a nivel internacional con el fin de defender la democracia contra los regímenes totalitarios. En el discurso pronunciado el 23 de septiembre de 1944, Roosevelt afirmó: **«La victoria del pueblo estadounidense y sus aliados será una victoria contra el fascismo y la calle sin salida del despotismo que este representa».**

Si esto es cierto, ¿cómo se pasó de una concepción del antifascismo como la expresada en 1940 por Roosevelt a la incluida en 2025 en la orden ejecutiva firmada por Trump? ¿El antifascismo es un antídoto contra el despotismo o una organización terrorista? **¿En qué consiste realmente el antifascismo?**

2. FASCISMO Y ANTIFASCISMO ENTRE AYER Y HOY

Más allá de nuestras convicciones políticas personales, es nuestro deber —como «científicos de los cambios que se han producido en las sociedades humanas a lo largo del tiempo» (según

la definición dada por Marc Bloch en 1945 en su *Apología de la historia*)— comprender cómo y por qué un concepto ha podido cambiar tan sustancialmente en el transcurso de 80 años.

Para profundizar en estas cuestiones, me gustaría resumir las reflexiones del escritor e intelectual **Pier Paolo Pasolini durante una entrevista realizada por Massimo Fini en 1974** (*L'antifascismo come genere di consumo*, in *L'Europeo*, 26 diciembre 1974, n.52, pp.44-46). En esa ocasión, Pasolini denunció **«el fascismo del antifascismo»**, es decir, un antifascismo hipócrita, fuera de lugar y fuera de tiempo, que se limita a condenar un **fascismo arcaico y ya inexistente**, desviando la atención del verdadero fascismo moderno, identificado por Pasolini con la **sociedad de consumo**. Esta última es vista como un poder homologador y totalitario que destruye las identidades culturales y crea un conformismo de masas, más insidioso que el fascismo histórico. Este tipo de antifascismo es a menudo ingenuo y superficial, porque se centra en un **«enemigo arqueológico»** que ya no puede infundir miedo, evitando así afrontar el verdadero fascismo del presente. Este nuevo fascismo no necesita camisas negras ni símbolos, sino que opera a través de **un poder «sin rostro» y «sin nombre»**, que moldea las vidas y las conciencias. En este nuevo contexto —continuaba Pasolini—, resulta difícil distinguir entre fascistas y antifascistas, porque el conformismo de masas ha anulado las diferencias de pensamiento e identidad. Era 1974 cuando se pronunciaron estas palabras.

El tema del «totalitarismo sin rostro» que se propaga en la sociedad contemporánea fue retomado unos años más tarde por otro escritor e intelectual italiano, conocido en todo el mundo: **Umberto Eco**. En la conferencia que presentó en un simposio celebrado el 25 de abril de 1995 en la Columbia University, Eco defendió la existencia de un **«Ur-fascismo» o «fascismo eterno»**, que se materializaba en el populismo, el rechazo de la crítica y el miedo a la diversidad. Estaba convencido de que este «fascismo latente» podía volver, bajo nuevas formas. Eco: «El Ur-fascismo sigue entre nosotros, a veces vestido de civil. Sería tan cómodo para nosotros que alguien se presentara en la escena mundial y dijera: «¡Quiero reabrir Auschwitz! ¡Quiero que las camisas negras vuelvan a desfilan por las plazas italianas!»». Por desgracia, la vida no es tan fácil. **El «Ur-fascismo» puede volver bajo la apariencia más inocente. Nuestro deber es desenmascararlo y señalar cada una de sus nuevas formas, cada día, en todas partes del mundo»**.

No creo que sea casualidad que entre los primeros en denunciar el **carácter mutagénico de la ideología fascista en la sociedad posmoderna** —según la definición que dio en 1974 el filósofo francés Jean-François Lyotard en su ensayo sobre la economía libidinal— se encontraran precisamente dos intelectuales italianos, dadas las profundas heridas que el fascismo había dejado en el **Volksgeist** italiano, es decir, el «espíritu del pueblo» que se manifiesta a través de su forma de interpretar y reinterpretar su propia cultura, su propia historia y su propio patrimonio ético y de valores.

Hablo deliberadamente del carácter mutagénico de la ideología fascista tomando prestado un concepto utilizado en química para definir la capacidad de una sustancia, mezcla o agente físico de causar alteraciones genéticas que pueden transmitirse a las generaciones posteriores. Estos agentes son capaces de dañar el material genético, influyendo en la transmisión de los caracteres hereditarios. Sin embargo —dejando de lado esta metáfora— **si la ideología fascista en la sociedad posmoderna ya no se manifiesta con las mismas características que la distinguían en los años treinta del siglo XX, ¿cómo podemos reconocerla y desenmascararla, como ya nos invitaba a hacer Umberto Eco en 1995?**

Eco también intentó enumerar las características fundamentales que permitirían desenmascarar el «fascismo eterno». «Estas características no pueden sistematizarse en un sistema; muchas se contradicen entre sí y son típicas de otras formas de despotismo o fanatismo. Pero basta con que una de ellas esté presente para que se coagule una nebulosa fascista». La primera característica es el **culto a la tradición**, en la convicción de que no puede haber avance del conocimiento, ya que la verdad ha sido anunciada de una vez por todas y solo podemos interpretar su mensaje, sin buscar más. De ello se deriva el **rechazo de la modernidad**, que genera una crítica constante al racionalismo, considerado dogmático, un **escepticismo intelectual** que degenera en **paranoia colectiva** y produce una sensación de precariedad y ausencia de puntos de referencia estables. Tras la COVID, el Instituto Italiano de Estadística observó en sus informes anuales una disponibilidad cada vez mayor a creer en supersticiones premodernas, prejuicios anticientíficos, tecnofobias, teorías infundadas y especulaciones conspirativas. La **obsesión por las conspiraciones** es otro indicador fundamental. A principios del siglo XXI, tuvo gran repercusión en Europa la teoría de la conspiración elaborada por el negacionista austriaco Gerd Honsik, que denunciaba el flujo migratorio cada vez más intenso desde el continente asiático y africano hacia Europa, deseado e incentivado por élites no mejor especificadas con el fin de crear un «rebaño multiétnico sin cualidades y sin conciencia» que sustituya a las poblaciones europeas y sea más «fácilmente manipulable». Estas teorías son la base del pensamiento de numerosas formaciones de extrema derecha que han resurgido en toda Europa.

Otra característica fundamental del «fascismo eterno» es la **no aceptación de la crítica**: el desacuerdo es traición, no un instrumento de mejora colectiva a través de la evaluación de las opiniones ajenas y la posible creación de una síntesis común. El desacuerdo es además signo de diversidad, de falta de homologación al pensamiento dominante. Esto acaba generando **miedo a las diferencias y desprecio por los débiles y los diferentes**, los otros.

Creo que todos, al escucharme resumir las características del «fascismo eterno» según Umberto Eco, han encontrado más de un paralelismo con la realidad que pueden observar cada día a su alrededor.

El lento vaciamiento del significado más profundo de la **democracia representativa**, la cada vez menor participación activa de todos los ciudadanos en la vida civil y política del Estado del que forman parte integrante, la propagación patológica de comportamientos individualistas, hedonistas y narcisistas, las discriminaciones hacia las minorías étnicas y religiosas, las oligarquías codiciosas que solo persiguen sus propios intereses particulares (el economista pos-keynesiano **Yanis Varoufakis** ha hablado recientemente de «tecno-feudalismo»), la tentación autoritaria y la renuncia a un debate abierto entre opiniones diferentes con el fin de lograr una mejora colectiva. Estas son las peligrosas señales que todos percibimos hoy y que **nos hacen mirar con creciente preocupación el futuro de la democracia.**

Pero, ¿cómo podemos defendernos de todo esto? ¿Cómo comprender dónde se esconde realmente el fascismo y cómo volver a combatirlo eficazmente? Pasolini —como hemos leído— decía que **basar los supuestos de la actualidad del antifascismo, es decir, su razón de ser en el presente, en un «enemigo arqueológico», muerto y enterrado, que ya no puede generar miedo, era ineficaz y sin sentido.** Era necesario afrontar el nuevo fascismo actual y mostrar sus nefastas consecuencias para la sociedad.

Si el fascismo cambia, también debe cambiar el antifascismo; de lo contrario corre el riesgo de seguir luchando contra un fantasma que ya no existe, aunque sin duda sigue rondando entre nosotros. Hemos dicho que el fascismo, como régimen basado en el autoritarismo y la limitación de las libertades individuales, es **la antítesis de la democracia.** En este caso, ¿una sociedad democrática basada en el pluralismo político y el respeto de las libertades individuales tiene el deber de respetar también la opinión de quienes se declaran abiertamente fascistas?

3. EL CASO ITALIANO

La Constitución italiana prohíbe la reorganización del partido fascista. La ley italiana castiga la apología del fascismo a través de la «exaltación de exponentes, principios, hechos o métodos del fascismo» y persigue a quienes promueven asociaciones, movimientos o grupos que tienen como objetivo la reorganización del partido fascista disuelto. Sin embargo, el 7 de octubre de 2025, 700 neo-fascistas conmemoraron en **Predappio** el 103.º aniversario de la Marcha sobre Roma, que supuso el inicio del régimen fascista. El 27 de abril de 2025, en **Dongo**, un centenar de neo-fascistas se reunieron para rendir homenaje a Benito Mussolini y a los jefes nazis capturados y fusilados mientras intentaban huir a Suiza. Podría continuar con otros infinitos ejemplos, pero no lo haré. Porque el objeto de la controversia no es si se respeta o no la ley, sino si el medio más eficaz para evitar la difusión de la ideología fascista es a través de medidas legislativas. A la vista de los episodios enumerados anteriormente, es evidente que **la ley consagra un principio fundamental, que, sin embargo, debe sustanciarse en comportamientos colectivos y prácticas sociales concretas.**

El antifascismo ya no puede permitirse el lujo de centrarse únicamente en los símbolos, por muy importantes que sean. No basta con prohibir la apología del fascismo del pasado. No basta con sentir un vago malestar cuando se asiste a una concentración de camisas negras. **De este modo, el antifascismo dirige su atención únicamente hacia el «fascismo arcaico» del que hablaba Pasolini, renunciando a comprender en qué formas el «fascismo eterno» está reapareciendo en el mundo y a elaborar estrategias eficaces para contener su difusión y neutralizar sus consecuencias más nefastas.**

Estoy convencido de que **la educación sigue desempeñando un papel fundamental en todo esto**. No solo enseñando en las clases de historia lo que Pasolini definió como «fascismo arcaico», recordando lo que ocurrió en Europa entre los años veinte y cuarenta del siglo XX. No repitiéndonos como una letanía que no debemos olvidar el pasado. Sí, claro, hay que conocer la historia para evitar que los males del pasado se repitan. Pero eso no basta. Si eso hubiera funcionado, hoy no tendríamos desfiles de neo-fascistas que levantan el brazo derecho en saludo romano a plena luz del día, desafiando la legislación vigente.

En el caso italiano, la cuestión es más compleja. Después de la guerra, no se ha hecho lo suficiente para enseñar en las escuelas qué fue exactamente el fascismo/los fascismos y **generar en las nuevas generaciones los anticuerpos necesarios para evitar el resurgimiento de esta ideología**. Esto se debía también a que la escuela era una institución estatal y el antifascismo —a partir de los años Sesenta— tras la ruptura de la unidad antifascista que había permitido la derrota del régimen mussoliniano durante la guerra, había sufrido un **lento proceso de apropiación por parte de las fuerzas políticas de izquierda**, perdiendo el potencial de identificación unitaria que había tenido hasta ese momento y convirtiéndose en algo «partidista». **Esto permitió que se volviera a enfrentar el antifascismo al anticomunismo**, en el que también se reconocían liberales y católicos, y que ya en los años Veinte había sido la base de la ampliación del consenso hacia los movimientos fascistas. El antifascismo comenzó entonces a ser visto no como el ideal unitario que infundía la nueva democracia republicana, sino como una ideología partidista que —por lo tanto— no podía enseñarse en **la escuela pública, en la que sí había que impartir educación cívica, pero no se debía “hacer política”**.

La **relación entre la escuela y el antifascismo** —es decir, el mito fundacional de la república democrática nacida en 1946— ha sido desde el principio muy contradictoria. Precisamente allí, donde se pretendía formar a la primera generación de ciudadanos democráticos, la presencia de la lucha antifascista —con sus acontecimientos, sus protagonistas y el patrimonio de valores que la había animado— resultaba muy deficitaria. Más de una investigación ha puesto de manifiesto **la incapacidad del sistema escolar republicano para imponer en su seno un nuevo modelo de ciudadanía democrática**, capaz de producir la plena integración de las jóvenes generaciones con respecto al patrimonio civil, ético e ideal que constituía sin duda la

herencia más directa de la guerra partisana. La resistencia antifascista se presentó, en la mayoría de los casos, como un acontecimiento bélico más entre tantos otros, cuya conmemoración era deseable celebrar cada año en las aulas, y se despojaba de sus contenidos éticos y civiles por temor a sus posibles implicaciones políticas.

Este fenómeno resulta especialmente evidente en los libros de texto. Diversos estudios han demostrado que, entre 1945 y 1965, la resistencia antifascista estuvo prácticamente ausente de los libros de texto italianos de primaria y secundaria. Este dato se explica fácilmente por el hecho de que en los primeros programas escolares republicanos el límite de la historia contemporánea se había fijado simbólicamente en 1918 (es decir, al final de la última guerra ganada por Italia y antes del estallido de las tensiones sociales y políticas que conducirían al advenimiento del fascismo), ampliándose hasta la Segunda Guerra Mundial solo en 1960. La consecuencia de ello es que, como han observado Cecilia Orfei y Carla Sparita, en los libros de texto de los años sesenta «la memoria de la Resistencia se recupera —más que como exaltación de un momento fundamental de cambio— como una fase heroica de reafirmación de la tradición histórica italiana, que el fascismo había interrumpido. La propia afirmación de la democracia en la posguerra, que se enfatiza y se propone como momento terminal de un proceso de desarrollo que tenía sus raíces en el Risorgimento, escapa, casi por completo, a la decisiva discriminación entre fascismo y antifascismo sobre la que se constituyó la República».

La situación no ha mejorado desde entonces.

A pesar de ello, hubo algunos profesores que, ya en la inmediata posguerra —debido también a la extraordinaria difusión de las teorías pedagógicas freinetianas—, se comprometieron a **hacer experimentar a sus alumnos —en el transcurso de la actividad didáctica que se llevaba a cabo diariamente en el aula— los principios fundamentales de libertad, igualdad y democracia defendidos por el antifascismo y consagrados en la Constitución.** Entre ellos se encontraba Mario Lodi.

La nueva escuela anunciada por Lodi en sus obras no era la «escuela cuartel» en la que habían vivido hasta ese momento los niños, gobernada por «maestros gendarmes», sino una **escuela entendida como instrumento de liberación**, en la que ellos se sientan parte de una comunidad solidaria, sin tener «por encima a alguien que los mande y los humille, sino un maestro que los guíe en la exploración de la vida», y que, mediante **la práctica de la investigación como método didáctico**, sean capaces de formarse de manera autónoma una idea sobre la realidad que les rodea, «detectar las contradicciones del entorno social e investigar con qué instrumentos los hombres pueden superarlas».

En esta escuela, la libertad de expresión a través de la escritura, el dibujo, la música y la expresión corporal garantizada en el microcosmos democrático de la clase no solo se derivaba del reconocimiento de la infancia como un estatus autónomo, con una cultura específica (la

cultura de la infancia), ni era simplemente preparatoria para la manifestación por parte de la infancia de reflexiones, sentimientos y estados de ánimo antes desatendidos por el mundo adulto. Para Lodi, la libertad de expresión y la adquisición de las habilidades técnicas necesarias para ejercerla eran funcionales para la maduración en el individuo de la facultad de expresarse libremente, indispensable para permitir **la evolución integral del ser humano, convirtiéndolo en un ciudadano que no solo tenía «el derecho de expresar su pensamiento con la palabra, por escrito y por cualquier otro medio» (tal y como establece el artículo 21 de la Constitución republicana), sino que sabía cómo expresarlo**, porque el maestro le había proporcionado todas las herramientas para poder hacerlo de manera adecuada, permitiéndole así ejercer sus derechos y aportar una contribución activa a la comunidad democrática a la que pertenece. Porque —como escribe en uno de sus tratados pedagógicos más lúcidos— **«la mejor manera de entender qué es la democracia es empezar a vivirla dentro de la escuela (y la familia) lo antes posible, responsabilizando a los niños a todos los niveles, dándoles la oportunidad de discutir y decidir sobre los problemas de la vida en común»** (Lodi, *Comenzar por el niño*, 1977, p. 117).

El camino emprendido por Lodi en aquellos años es hoy seguido por pocos maestros, a pesar de que —ahora más que nunca— nuestra sociedad necesita volver a inspirarse en ese modelo pedagógico si quiere escapar de los riesgos de una nueva deriva autoritaria.

4. CONCLUSIONES

Creo que si queremos que los jóvenes de hoy dispongan de las herramientas necesarias para reconocer el «fascismo eterno» en las nuevas formas en que se presenta y logren preservar los ideales de libertad, justicia y democracia que nos ha legado el siglo XX, debemos hacer nuestro el llamamiento de Pasolini a la necesidad de practicar un antifascismo no hipócrita, **no limitándonos a enseñar cómo se manifestó el fascismo en el pasado en Italia y en todo el mundo, sino también las formas en las que podría volver a manifestarse hoy en día**. Ahora más que nunca necesitamos una escuela que eduque a los futuros ciudadanos para que conciban la política como un acto de solidaridad activa, incentivando su participación activa en la construcción del bien común y contrarrestando las presiones individualistas de la sociedad de consumo.

Como educadores, debemos **contrarrestar la idea populista de que el sistema anula las diferencias entre las varias ideas políticas**, metiendo todo en el mismo saco. No nos corresponde a nosotros decirles a nuestros alumnos cómo deben pensar, sino presentarles las distintas opciones y hacer que tomen una decisión consciente. Debemos **contrarrestar la apatía y la indiferencia** que encierran cada vez a más personas en una “burbuja social” hecha de satisfacción de necesidades individuales en lugar de maduración de instancias colectivas. Debemos **defender ese sentimiento de humanidad que es el patrimonio ético fundamental**

que nuestra especie ha construido a lo largo de su evolución y que hoy se ve seriamente amenazado por la regresión hacia la violencia y la prevaricación.

Como decía Eco, es improbable, que las camisas negras vuelvan a desfilan por las plazas de Roma (a pesar de los ejemplos que hemos dado anteriormente). El historiador italiano **Enzo Traverso**, en su conversación con Régis Meyranne publicada en el volumen *I nuovi volti del fascismo* (Ombre Corte, 2017), denuncia el auge de la derecha radical e identifica en la proliferación del **populismo**, la nueva **xenofobia** basada en el miedo a la **sustitución étnica**, la ostentación vulgar y descarada del **racismo**, el sabotaje sistemático de las reglas y la interpretación del equilibrio entre los poderes como una restricción innecesaria, las crecientes limitaciones a la libertad de prensa y la **censura** de cualquier voz que no se ajuste al dictado del poder **los síntomas de un nuevo fascismo**. A esto se suma la concentración de riquezas exorbitantes en manos de unos pocos multimillonarios, que dominan las tecnologías cada vez más indispensables en nuestra vida cotidiana, disponen de enormes cantidades de datos sobre nuestros hábitos colectivos y son capaces de influir en la opinión pública sin estar sujetos a ningún control. **Todo ello debilita las democracias que hemos construido con esfuerzo a lo largo del siglo XX y nos empuja a los brazos de nuevos autoritarismos.**

Como educadores, no podemos permitir todo esto. Debemos encontrar nuevas formas, cada vez más eficaces, de educar en la democracia y crear en la nuestra sociedad anticuerpos eficaces contra los nuevos fascismos que se ciernen sobre ella.